

El rey sabio

José González Quiara

Dame el harpa –dijo Salomón a un esclavo.

Se puso de pie en el trono de marfil, templó el instrumento de melodías celestiales, y ensalzó, en estrofas afilegranadas, la belleza de Nathum, la hebrea de ojos negros como el fondo del abismo. Parecía que en la garganta del rey cantaba el pájaro de las quinientas voces. Salía el verso, alado y sonoro, que volaba cual mariposa y se desvanecía en el aire.

Comparó a Nathum con la Sulamita, cuya cabellera tenía la fragancia de los lirios de Jerusalem, y escogiendo con mano segura las más lozanas flores de la poesía erótica, las arrojó a los pies de la hebrea.

Nathum se mostraba indiferente. En sus labios, rojos como la sangre, se bosquejaba una sonrisa desdeñosa.

–¿Me amas?–la preguntó el rey cuando acabó de cantar.

–Yo no amaré nunca a reyes–poetas. Anhele más aún. Soy egoísta.

–Pide: el hijo de David todo lo puede.

–Engasta una estrella en mis collares y estamparé en tu boca el beso que produce ensueños deliciosos.

–¡Imposible!–murmuró el hijo de David. –Soy un rey, un sabio, un águila; pero en la región de las estrellas sólo puedo entrar con el pensamiento!¹

¹ José González Quiara, “El rey sabio”, *La Revista Blanca*, año II, número 9, 14 de septiembre de 1897; p. 108. (Pertenece al libro titulado *Bosquejos*, el cual no llegó a publicarse.)